



Yo soy usuario frecuente de la biblioteca pública y utilizo mucho el servicio de préstamo y también los libros digitales, aunque no sea yo muy partidario del libro electrónico leo algo. Lo último que he leído en digital han sido las Memorias de Woody Allen, y ahora me ha mandado un amigo las Memorias de Obama, pero esos no los cuento, para mí son libros tangenciales porque para mí el libro requiere el contacto, el soporte físico.

P.- ¿Cuál es el libro de su biblioteca con mayor valor sentimental?

R.- El valor sentimental depende. Tengo un Oscar Wilde, “El retrato de Dorian Grey”, de 1946 que era de mi padre, una edición de lujo de Biblioteca Nueva con un prólogo de Gómez de la Serna, que es un placer de composición, la portada es de piel con incisiones, esto ya no se ve, es muy sorprendente. Tiene unos dibujos de línea clara, como se decía en los años 80 de Ruíz Castillo.

A mí las publicaciones de los 50 me siguen pareciendo una joya, combinaban toda la paginación, es un primer. Aquí tengo otro de esos libros, de Andrés Trapiello, de 1947, este es lo mismo, tiene para mí mucho valor sentimental.

Tengo también una edición del Quijote, de la Editorial Sopena de 1940, que tiene la particularidad de que las ilustraciones son del pintor Carlos Vázquez, un libro que tiene también varias fotos que él hace. Éste libro tiene para mí un doble es doble valor porque procede de mi padre y yo creo que estas ediciones con estas características me parece que hay pocos. Además, fue el primer Quijote que leí.

edición del Quijote de Martín de Riquer, que tiene un índice geográfico, y curiosamente la ciudad más citada en el Quijote creo recordar que son Sevilla, y Roma más que otras de La Mancha.

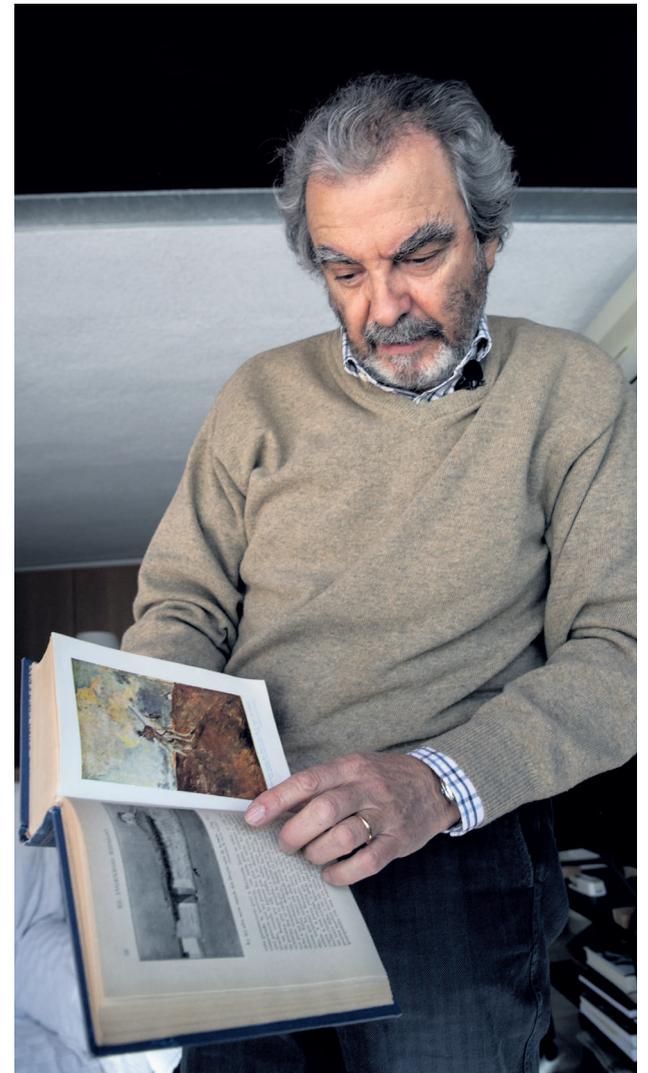
Tengo un libro del año 1936, de Agostini, que me regalaron y es una indagación sobre itinerarios y espacios cervantinos donde se reivindica la posibilidad de que la ruta no fuera la vía real de Andalucía sino la que va a la Venta de la Inés. Éstas son las típicas polémicas de los cervantistas que a mí no me interesan.

Yo, en ese sentido, no tengo un carácter localista. A mí me interesan las cosas por su visión universal. Aquí se ha valorado más a las personas desde cierto sentido identitario, incluso antes de que se hablara como ahora de los identitarismos políticos, de esos caracteres que a mí no me parece que produzcan ni información ni luces.

Hay gente que es universal habiendo nacido aquí y sin haber hecho una reivindicación específica de todo esto, pienso en Antonio López o en Ángel Crespo, y sin embargo hay gente que tiene la boina en el ombligo y todo lo ven bajo ese tono castizo, pastoril, que a mí me interesa poco porque creo que proyecta pocas reflexiones.

P.- ¿Cuántos libros alberga en su biblioteca?

R.- Haciendo un cálculo, un cubicaje, al principio tenía un cierto control que con el tiempo, y también con la digitalización, se tornó en descontrol, calculo que entre 6.000 y 6.500 volúmenes. Lo único que tengo actualizado son los escritos que voy haciendo, los libros que compro no los tengo contabilizados. Revistas también tengo muchas, y todas aquellas que fueron importantes para mí, las tengo encuadernadas. Las otras pasan a estar en archivos de cartón en el almacén de la cochera.



ejemplo de talento anticipado.

P. ¿Cuál es ese libro que ha leído reiteradamente?

R. - El Quijote lo he leído tres veces. Y volvemos a Benet que en mí es una monomanía. Tiene algunos ensayos en donde el Quijote está ahí. Me gusta destacar “¿Se sentó la duquesa a la derecha de los marqueses?” u “Onda de crepúsculo en el Quijote”; las reflexiones que sobre El Quijote hace Benet te incitan a volver a frecuentar a Cervantes.

P. Por último, ¿es su biblioteca, también su lugar de trabajo? ¿Es muy ordenado a la hora de escribir?

R. - Sí ahora sí. Tengo unos compromisos periódicos; los trabajos de más recorrido se van complicando en función de las progresiones. Pasa igual con la lectura. Normalmente uno siempre lee un libro y se entrecruzan las lecturas. Si me preguntas que estoy leyendo me tendría que parar a pensar porque son varios. Estoy releendo de Roland Barthes “La cámara lúcida”, que es un ensayo sobre la fotografía.

Recientemente he terminado un libro sobre los bombardeos de la ciudad de Dresde de 1945, de Shirley MacLaine que me ha conmocionado tanto que he preparado un texto que saldrá publicado en Hipérbolo. Leyendo el libro he descubierto a un pintor alemán, de la misma ciudad, William Rudolf, que produjo una serie de aguafuertes sobre la ciudad destruida. ¡Que placer descubrir a través de una lectura nuevos continentes! Y ahora voy a empezar a leer el de Andrés Trapiello, “Madrid”, que me han hablado muy bien. Voy haciendo lecturas transversales; cuando estoy escribiendo algo me fuerza a releer y descubrir otros.

En mi caso la escritura es tan desordenada como la lectura. Y eso es posible gracias a la escritura electrónica que es una bendición ya que te permite la subsanación continua, el texto abierto que siempre me ha gustado mucho.